Historia de la literatura argentina

41 La literatura de las vanguardias VI

Ezequiel Martínez Estrada
Raúl Scalabrini Ortiz
Eduardo Mallea



Colegio Nacional de Buenos Aires

Página/12



Composición, óleo sobre tela de Alfredo Guttero (1928)

Dirección general de colecciones de historia de Página/12: Profesora Aurora Ravina

Departamento de Castellano y Literatura
Colegio Nacional de Buenos Aires
Universidad de Buenos Aires
Directora: Profesora Silvina Marsimian
Redactoras:
Profesora Paula Croci
Profesora María Inés González
Profesora Silvina Marsimian
Profesora Sylvia Nogueira

Auxiliares de investigación:
Profesores Karin Grammatico y Sergio Galiana
Consultas y comentarios: *literatura@cnba.uba.ar*

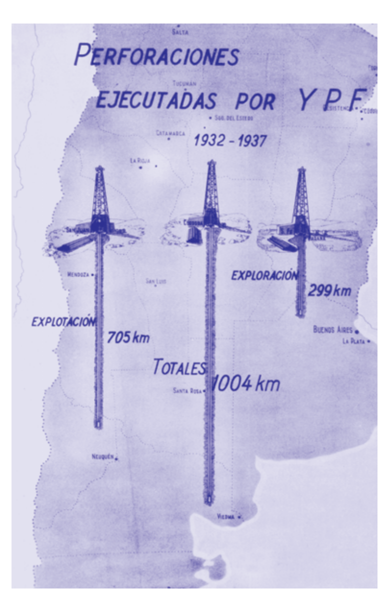
ISBN Tomo II: 987-503-413-4
ISBN de la obra completa: 987-503-390-1

Contorno de la República Argentina

La literatura de las vanguardias VI

La incógnita argentina

La década del ’30 mereció el mote de “infame” por la crisis social y política que produjo el golpe de Uriburu y la relevancia de un Estado que se mostró repetidamente ajeno a los intereses nacionales pero proclive a beneficiarse con autoritarismos, fraudes y negociados “vende-patria” con países como Inglaterra. Pero también –y de manera contradictoria– fue la que hizo del territorio nacional un campo de experimentación en más de un sentido. Las transformaciones materiales contribuyeron, por una parte, a la constitución de un país que pedía conquistar su autonomía: al modelo económico agro-exportador sucede el desarrollo del mercado nacional, organizado en regiones diversificadas pero integradas en un plan mancomunado de producción y consumo; la construcción de la red caminera del país, que desplaza al ferrocarril de capital inglés, desenvuelve las comunicaciones; la explotación de los yacimientos petrolíferos promete un rápido crecimiento sin lazos dependientes. En la consecución de estas políticas hubo una fuerte intervención del Estado, si bien este realizó también acciones que las obstaculizaron. Por otra parte, dio un fuerte impulso modernizador a las ciudades del interior –sobre todo en lo que respecta a la técnica rural–, al tiempo que buscó que Buenos Aires se “deseuropeizara”. Período entonces de fuertes contrastes (liberalismo/ estatismo; modernización/ conservadurismo; europeísmo/ nacionalismo; urbanización del interior/ “argentinización” de Buenos Aires; país urbano/ país rural), suscitó el desarrollo de una literatura de indagación, focalizada especialmente en lo “espacial”: la pampa se convierte en sinécdoque de la Argentina e identifica la manera de ser de su pueblo. La tradición cultural iniciada en Sarmiento, que construye la interpretación del país en relación con la dicotomía civilización/ barbarie; ciudad/ campo; Buenos Aires/ interior, es recuperada en las reflexiones sobre la cultura nacional que se disparan en la década. Protagonistas en este terreno fueron Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz y Mallea. El concepto de la “pampa metafísica”, que condiciona el modo de existir del argentino, es presentado de manera pesimista por el primero, en la medida en que el argentino es el descendiente del conquistador español y del cacique indígena –dos autoritarios– y está atado a una tierra desértica y hostil que se le impone; optimista y antiintelectualista el segundo, piensa que a la metamorfosis de un país bastardeado por inmigrantes sobrevendrá el “espíritu de la tierra” que orientará su destino; melancólico el tercero, ve en el intelectual de la Argentina “invisible” una síntesis posible pero resultado de un trabajo intenso. Proclives a especulaciones impresionistas, sin vocación de ahondar en pruebas o documentos, produjeron sin embargo representaciones de la Argentina en el imaginario colectivo, rápidamente difundidas y que fueron por mucho tiempo –y son hasta hoy– materia de discusión. A estas se sumaron nuevas imágenes de la pampa y del hombre argentino, construidas por viajeros culturales de amplia repercusión a través de la prensa y por sus publicaciones y conferencias exitosas: entre ellos, Waldo Frank, Ortega y Gasset y Keyserling. Por afán de autoconocimiento, para ampliar el debate acerca de un país hispanoamericano pero promisorio, desde adentro y por afuera, las diversas voces hablaron entre sí y tejieron ensayos que, en las sutilezas del pensamiento itinerante y atraídos por las paradojas de un pueblo en pleno devenir, intentaron despejar las incógnitas de un pasado que se repetía y de un presente compartido.



Mapa que ilustra las perforaciones realizadas por Yacimientos Petrolíferos Fiscales entre 1932 y 1937



Retrato de Ezequiel Martínez Estrada por F. de Santo

La amargura más ardiente

Ezequiel Martínez Estrada (Santa Fe, 1895-1964) concluía, al final de su vida y a propósito de *Radiografía de la Pampa* (1933), que este ensayo es "un apocalipsis, una revelación o puesta en evidencia de la realidad profunda" de Argentina, de Sudamérica, de Occidente. Presentaba su escritura como un diagnóstico de la sociedad, contrapuesto a las versiones falseadas de la historia que difundían "los servidores de los enemigos del pueblo: son los profesores, los escritores, los periodistas". Identificar su posicionamiento (ante la política, pero también ante la vida misma) resultó tarea ardua, pero ineludible, para sus coetáneos y para escritores más jóvenes, como los que se agruparon en la revista *Contorno* (1953-1959), que se oponían desde la Universidad de Buenos Aires a los cánones de la literatura oficial. "No se olvide que estoy luchando. Con los de la izquierda y los de la derecha, como Orlando Furioso", afirma Martínez Estrada en *Qué es esto. Catilinaria* (1956), obra en la que, al modo del antiguo cónsul Cicerón –denunciante de conjuras de Catilina contra la república romana en el s. I a. C.–, personifica los ancestrales males de la patria en el "apocalíptico" Perón. Hechos, fundamentalmente políticos, de la vida de Martínez Estrada han sido entendidos como contradictorios y alimentaron disputas entre sus admiradores (en más de un sentido, por ejemplo, Héctor Murena y David Viñas) y sus detractores (por caso, Bernardo Canal Feijóo y Arturo Jauretche). El denominador común entre unos y otros es el interés por el Cicerón argentino: "ese ambiguo pensamiento de derecha, tan sólo más sutil, ingenioso y sugestivo que el de la derecha tradicional, resultaba mucho más atractivo que el estrecho esquematismo de las izquierdas esclerotizadas", afirma Juan José Sebreli en 1966, ubicándose entonces entre los que desmontaban "falsedades" de Martínez Estrada. Muchos alternaron elogios y objeciones al escritor, como Borges, quien en 1933 alabó *Radiografía de la Pampa* con calificativos poéticos (como el de "la amargura más ardiente" para señalar el pesimismo del autor sobre los destinos de la patria) que la crítica literaria ha reiterado insistentemente; después de la Revolución Libertadora, Borges fue uno de los que entendió que los análisis de Martínez Estrada sobre Perón –*Qué es esto*– eran indirectos elogios al presidente depuesto. Algunas de las contradicciones que se le adjudican al polémico ensayista sirven para recorrer su biografía. Desde 1914, trabajó en el Correo Central hasta jubilarse en 1946, a pesar de que la carrera burocrática le habría resultado penosa. Para apaciguar el tedio de las oficinas, incursionó en educación (entre otros cargos en ese campo, ejerció el de profesor en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata), pero en 1946 renunció a su cátedra de literatura como gesto de rechazo del peronismo. Sus "problemas de piel" con ese movimiento los vinculó con una enfermedad epidérmica que a partir de 1952 le demandó internaciones en hospitales varios; sin embargo, no se alineó acríticamente con los golpistas de 1955 (espera que por su *Qué es esto* "los peronistas y los antiperonistas me aborrezcan otra vez"). Colaboraciones suyas aparecían en *Nosotros*, *Conducta*, *La Nación*, *Sur*; dramas de su autoría, como *Lo que no vemos morir* (1941), se ponían en escena en el Teatro del Pueblo. Instalado en La Habana por un contrato para hacer un estudio sobre José Martí, en 1962 manifestó su oposición a los escritores argentinos que apoyaron la invasión norteamericana a Cuba. "El amor de Martínez Estrada por los guajiros no justifica su desprecio por los cabecitas negras", proclama Sebreli en 1966 para afirmar que el apoyo

del escritor a Fidel Castro no lo hacía un hombre de izquierda. "Martínez Estrada se pasó de la Argentina hacia América Latina pero también 'de Florida hacia Boedo'", entiende en la actualidad David Viñas, promotor en 1954 de que *Contorno* le dedicara un número a "este heterodoxo argentino". Desde niño, Martínez Estrada se dedicó a la poesía y ella –imbuida del Modernismo ya cristalizado– fue su primer camino a la consagración literaria. Por *Nefelibal* (1922) obtuvo el Tercer Premio Nacional de Letras; por *Argentina* (1927), el Primer Premio Municipal de Poesía. Leopoldo Lugones lo apadrinó con artículos elogiosos como "Laureado del Gay Saber" (*La Nación*, 18/9/1929) y con su voto para el Premio Nacional de Letras de 1932, en el que Martínez Estrada venció a Manuel Gálvez. Por "conciencia cívica y patriótica", con "responsabilidad de pensar y de hablar por los que reposan y enmudecen", abandonó los versos en pos de la prosa. La practicó en cuentos, algunos de los cuales ("La inundación" de *Tres cuentos sin amor* –1956–; "La tos" y "La escalera" de *La tos y otros entretenimientos* –1957–) incluyó en una *Antología* de su propia obra que publicó en 1964. Permanentemente escribía artículos para diarios y revistas, conferencias, prólogos para libros; en esa copiosa producción, se difundían partes de sus textos o se adelantaban temas que abordaría en ensayos más orgánicos. Por citar un caso: prologó un *Martín Fierro* (para la editorial Jackson) en 1938; publicó un artículo titulado "Génesis del Martín Fierro" en *La Nación* en 1944; otro sobre "Lo gauchesco", en la revista *Realidad* en 1947, año en que apareció *Muerte y transfiguración de Martín Fierro, ensayo de interpretación de la vida argentina*. El título de este libro es un claro indicador de la finalidad principal con la que el autor ejerció la crítica literaria: indagar y describir la esencia de la argentinidad. El reconocimiento de este propósito justificó que en 1938 el crítico literario Luis Emilio Soto incluyera a Martínez Estrada entre los "rabdomantes del espíritu nacional" junto a Mallea, Canal Feijóo y Scalabrini Ortiz. *Radiografía de la Pampa* no solo reaparece en trabajos posteriores del autor, sino también orientó la práctica del género ensayístico en la Argentina del siglo XX, como lo hizo *Facundo* en el anterior. Martínez Estrada mismo concedía esa prevalencia a la obra de 1933. Es el texto sobre el que más se extiende en el prólogo a su *Antología* de 1964: "Con *Radiografía de la Pampa* yo cancelo, no del todo pero casi definitivamente, lo que llamaría la adolescencia mental y la época de la vida consagrada al deporte, a la especulación y al culto de las letras. *Radiografía de la Pampa* significa para mí una crisis, por no decir una catarsis, en que mi vida mental toma un rumbo hasta entonces insospechado. Diré que fui enrolado en las filas del servicio obligatorio de la libertad de mi patria.". La obra consta de seis partes. *Trapalanda* presenta la tierra conquistada como extensión en la que los aventureros proyectaron sus sueños: "Lo ilusorio reemplazó a lo verdadero"; pero, parafraseando al latino Horacio, Martínez Estrada afirma "la victoria de la tierra vencida", que se resistía con su verdad, su barbarie, sus indios, sus caudillos. *Soledad*, la segunda parte, postula "el suelo, el clima como los moldes vacíos" que impiden que América desarrolle en realidad un "Nuevo" Mundo. "El sajón, el flamenco y el franco lucharon y vencieron, refractarios al medio", que impone el aislamiento entre civilizaciones y naciones. La tercera parte de *Radiografía*, llamada *Fuerzas primitivas*, distingue las telúricas, las mecánicas y las psíqui-



Tapa de *La cabeza de Goliath*

Tapa de *Radiografía de la Pampa*

Portada de la primera edición de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*

cas. Entre las primeras, se incluyen estereotipos como los del baqueano y el rastreador; entre las mecánicas se cuentan las instituciones del Estado, que "obedecen al perfil de una nación ideal y no tienen la forma de la verdadera realidad" y dan pie a describir el tipo del malevo, en comparación con el guapo y el guarango; en el capítulo destinado a las fuerzas psíquicas (el amor, la fe religiosa, el idioma) compara 1830 con 1930 y establece la continuidad entre esos tiempos, más allá de "los acontecimientos exteriores que entran accesoriamente en juego por el telégrafo, los trasatlánticos y los aviones.". La cuarta parte, *Buenos Aires*, se concentra en una metáfora estructural del libro: la ciudad porteña es la cabeza de un cuerpo de provincias; los apartados de esta sección se titulan "Argirópolis", "La gran aldea" y "La ciudad indiana". La quinta parte, *Miedo*, repasa temores antiguos como los de los indios ante los conquistadores o los de soldados españoles ante el mundo desconocido hasta llegar a los del hombre moderno, que se atrinchera (mezquino, hipócrita y orgulloso) en las ciudades, cuya "grandeza ficticia" es penetrada de todos modos por las fuerzas de la llanura. La última parte, *Seudoestructuras* (sobre las instituciones formalizadas pero "huecas de sentido") concluye el libro con "Civilización y barbarie", apartado en el que sintetiza las consecuencias de los proyectos que niegan la realidad de los ámbitos a los que se los destina: "El más perjudicial de esos soñadores, el constructor de imágenes, fue Sarmiento". El autor de *Facundo* y su obra política y literaria no constituyen solamente objetos de análisis en *Radiografía de la Pampa*; permean su organización y estilo. La escritura de Sarmiento, perceptible en la conceptualización de las fuerzas antagónicas que se enfrentan en la nación, en la descripción de tipos sociales y hasta en frases, es invocada por la de Martínez Estrada para homenajear al sanjuanino y, simultáneamente, discutirlo. *Facundo* define el género mismo en el que se encuadra *Radiografía* y su tono polémico; inspira su representación de la relación entre Buenos Aires y el resto del país; orienta su intensa reescritura de textos



Retrato del conde Hermann Keyserling por Eduardo Alvarez

argentinos y extranjeros. La revisión de la literatura nacional que ensaya *Radiografía* se exhibe en subtítulos como los de la cuarta parte, que citan a Alberdi y Lucio López. La densa alusión a multiplicidad de obras en las que se apoya o que refuta *Radiografía* fue esgrimida por algunos para descalificar sus diagnósticos. "Radiografías fatídicas" (1937) de Canal Feijóo es un ejemplo de esas reacciones: "Apenas hay una idea que no haya sido blandida por Sarmiento y Alberdi; rastreada y analizada sociológicamente por el maestro Juan Agustín García, por Juan B. Justo, por Ingenieros, por Carlos Octavio Bunge, por muchos otros (que vieron con perfecta claridad dónde estaban los lastres de la historia argentina, pero discernieron al mismo tiempo la presencia de fuerzas constructivas poderosas).". La intertextualidad de *Radiografía* se intensifica de manera exponencial con las relaciones de ese ensayo con otros trabajos del autor y con obras extranjeras. En *La cabeza de Goliat* (1940), Martínez Estrada mira a Buenos Aires "desde altura y distancia adecuadas" para que deje de parecer "un portento de poderío y vitalidad". Reescribe su *Radiografía* en *La cabeza de Goliat* y, consecuentemente, las citas y alusiones que en aquella hacía: "Si Buenos Aires fuera de verdad una ciudad de comerciantes, como Juan Agustín García afirma; o una factoría, como dijo Ortega y Gasset, el cartel de propaganda sería su voz viva.". En la red de textos extranjeros en los que Martínez Estrada moldea su lenguaje y su pensamiento, se entrelazan Hudson, Spengler, Freud, Simmel, Nietzsche, Keyserling con viajeros ingleses como Head o Darwin, cuyas huellas ya se encuentran en poemas de *Argentina*. No faltan en el discurso de Martínez Estrada ecos de su admirado Paul Groussac, expertos en arte como John Ruskin o analistas de América como Waldo Frank. Las cuatrocientas obras que consultó antes de escribir su *Radiografía* conforman un delicado equilibrio en el que las paradojas que caracterizan su estilo se ubican entre el imaginario europeo que antecedió a la Segunda Guerra Mundial y el argentino que fueron elaborando textos literarios y no literarios de la tradición nacional.


Raúl Scalabrini Ortiz

El Hombre de Corrientes y Esmeralda

En febrero de 1898 nació en Corrientes Raúl Scalabrini Ortiz, quien sería uno de los más duros críticos de la dominación británica en la economía argentina iniciada en la década del '20. Hijo de Pedro Scalabrini, un "coleccionista de huesos", dedicado a la labor científica, y de Ernestina de Ortiz, proveniente de una familia patricia de Paraná, se traslada junto con sus padres y hermanos a Buenos Aires durante el gobierno de Manuel Quintana, *gentleman* admirador de la cultura europea. Instalada en un barrio céntrico de la ciudad, la familia Scalabrini ofrece a sus hijos una educación acorde a la de las clases oligárquicas detractoras de los gauchos y las tradiciones, por considerarlos enemigos del progreso. El joven crece en medio de la tensión constante entre las creencias católicas infundidas por su madre y el positivismo transmitido por el padre, un liberal, nacionalista y admirador de Garibaldi, quien lo introdujo en la lectura de Darwin, la paleontología y la ciencia evolucionista. Este ambiente de hogar pequeño-burgués contrasta con el panorama heteróclito que presenta Buenos Aires por esa década y que puede conocer apenas traspasada la puerta de calle: una ciudad cosmopolita en la que conviven "organitos de la tarde", conventillos, burdeles, palacetes, con habitantes oriundos de las geografías más disímiles. El trato con cajetillas que van y vienen de Europa, anarquistas defensores de la acción revolucionaria, muchachas de familias aristócratas, mujeres de vida ligera, visitas a billares, cafés y "casas para hombre solos" completan el panorama formativo de Scalabrini Ortiz a partir de que comienza la escuela secundaria y mientras asiste a la universidad. En sus días de estudiante, conoce la militancia política en un partido estudiantil de izquierda, simpatizante de la revolución rusa de 1917. La lectura de Marx, Engels, Lenin y Plejanov lo llevan a considerar la importancia del componente económico en los procesos sociales (culturales y políticos) y a fundar, en 1919, el grupo Insurrexit, con el que organiza conferencias, imprime propaganda y se pone en contacto con dirigentes obreros. Apenas se recibe de agrimensor, Scalabrini Ortiz abandona la agrupación para comenzar a ganarse la vida como empleado de la Dirección de Puertos y dedicarse a uno de sus verdaderos intereses, la literatura. Primero plasma sus aspiraciones de escritor en borradores de cuentos, novelas y versos, hasta que en 1923 la librería editorial de Manuel Gleizer le publica su primer libro de relatos, *La manga*, donde ya se manifiesta un marcado escepticismo frente al mundo y se perfila la construcción de un "ser extranjero entre los suyos", que luego materializará en su ensayo *El hombre que está solo y espera* (1931). Poco tiempo después de la edición de *La manga*, se acerca al grupo Florida, en el que entabla relación intelectual con Borges y Mallea, e intenta realizar una tarea colectiva y comprometida con sus inclinaciones; sin embargo, recuerda estos días como una etapa en que su vida "se desperdigaba en fracciones sueltas, sin proyección ni coherencia". Desde 1924 y hasta 1930, Scalabrini Ortiz se encamina hacia el conocimiento y comprensión de la realidad nacional. Gracias a un viaje a París, cambia su evaluación del mito de la superioridad europea por una fe casi ciega en los hombres de su tierra: "En Europa se produjo el mágico trueque de escalafones. (...) Comprendí que nosotros éramos más fértiles y posibles, porque estábamos más cerca de lo elemental. Hasta la historia de los hombres de mi tierra se abrió ante mí como si sus hechos fueran las radículas procuradoras de la savia del futuro.". A partir de esta nueva perspectiva, busca el rostro de su patria en una serie de



Tapas de *El hombre que está solo y espera*, de Raúl Scalabrini Ortiz, en las ediciones de Anaconda (1933) y Plus Ultra (1964)

viajes al interior en los que se va consolidando como un escritor de la esencia de lo nacional, atónito frente la dominación estética e ideológica proveniente del Viejo Mundo, esa que no alentó al descubrimiento de "quiénes somos" aun cuando en la sangre de todo argentino hay "glóbulos rojos que hablan en distintos idiomas y tienen huellas de distintas tradiciones". Hacia el final de la década del '20, Scalabrini Ortiz toma contacto con un partido político de corte nacionalista oligárquico responsable de la publicación de *La Nueva República*, pero se aparta de ellos porque su impronta liberal y revolucionaria lo distancia del nacionalismo que combate al proletariado extranjero. En su lugar, se dedica al periodismo en *La Nación*, *El Diario* y *El Hogar*, como una manera de trasladar sus preocupaciones e ideales a un público bien numeroso. Cuando el gobierno de Yrigoyen es derrocado, Scalabrini Ortiz se suma a las filas de civiles que desde la calle apoyan el golpe, pero su efervescencia dura poco tiempo debido a unos volantes que denunciaban la alianza entre el gobierno golpista y los capitales extranjeros; la confirmación de este hecho lo convierte en un enemigo de Uriburu. Casi simultáneamente, deja *La Nación* –espacio en el que había llegado al máximo cargo al que podía aspirar cualquier escritor, el de redactor– para dedicarse de lleno a la preparación del ensayo con el que se consagrará ante el público: *El hombre que está solo y espera*. Este trabajo se articula en torno de un eje fundamental formulado explícitamente por el autor: "Emprender la reconquista de lo elemental, purgarse de sabidurías, terminar con los lugares comunes de sociedades vetustas y desarrollar esa semilla de cultura que, entre los escombros del pasado, puja por ser presente.". La preocupación central del libro es explicar el ser nacional y coincide, en gran medida, con la atención puesta en el criollismo forjado durante la década del '20 por el grupo martinfierrista, especialmente, en la dirección marcada por el *Carriego* de Borges. Al momento de publicación, tales debates parecían cerrados, debido a los cambios radicales nacidos del golpe militar; no obstante, el interés seguía latente entre los lectores. El resultado fue que la primera edición se agotó en poco menos de un mes y, en 1932, ya se había reeditado cinco veces. Con este ensayo, a la vez impresionista y periodístico, Scalabrini Ortiz presenta al ser nacional como "el espíritu de la tierra" y lo imagina, según su afirmación en el prólogo, igual que "un hombre gigantesco. (...) un arquetipo enorme que creció y se nutrió con el aporte migratorio, devorando y asimilando millones de españoles, de italianos, de ingleses, sin dejar de ser nunca idéntico a sí mismo.".

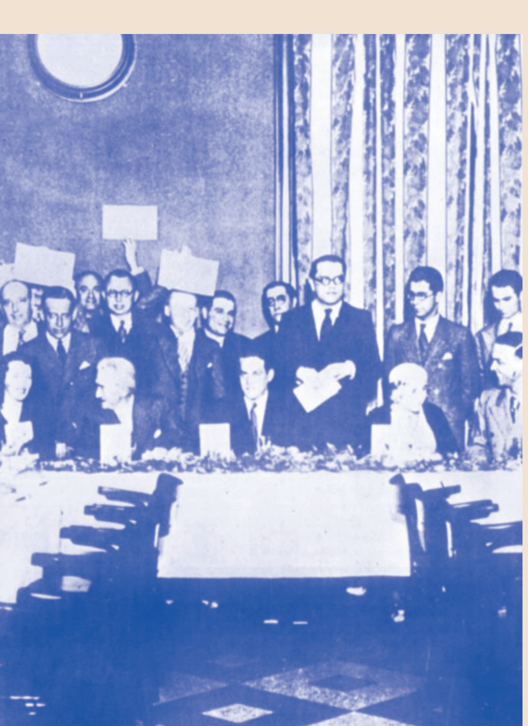
Las características y motivaciones del argentino medio, la vida cotidiana, la manera de profesar la amistad, el modo de concebir el amor, la forma de sufrir la soledad, el uso que hace del idioma son los puntos en los que se detiene el ensayista a través de la mirada del Hombre de Esmeralda y Corrientes, un personaje casi novelesco que él crea para personificar el "ser nacional", en el que confía sus observaciones sociológicas: "El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un ente ubicuo: es el hombre de las muchedumbres, el croquis activo de sus líneas genéricas, algo así como la columna vertebral de sus pasiones.". Este hombre nuevo que desciende de cuatro razas distintas ya no cree ni en el progreso, ni en la tradición, ni en el honor, ni en la familia, porque desconfía de los valores tradicionales cristalizados. Este es el hombre que está solo en la muchedumbre y que espera la revisión de los baluartes absolutos con los cuales elaborar el nuevo humanismo. Después de este peculiar ensayo que inspiró a los escritores de las generaciones siguientes preocupados por el criollismo, Scalabrini Ortiz se abocó a estudiar la penetración imperialista en la Argentina, en dos investigaciones rigurosas en el manejo de cifras y documentación a la hora de probar la explotación de la economía local por obra de los capitales ingleses: *Política británica en el Río de la Plata* (1936) e *Historia de los ferrocarriles argentinos* (1940). Falleció en 1959.

CONTRAPUNTO

Otra vez el criollismo

PAULA CROCI

Desde finales del siglo XIX hasta entrada la década del '20, el mapa social de la Argentina se iba configurando por sucesivos y simultáneos procesos migratorios, provenientes tanto del interior de la república como de diversos países europeos. Buenos Aires fue el espacio en el que más cambios se registraron y, al mismo tiempo, el centro intelectual que interpretó y significó las representaciones sociales emergentes. La ciudad capital, hacia la primera década del nuevo siglo, albergaba a un número de inmigrantes que igualaba al de los nativos; esto daba a la metrópolis un carácter cosmopolita extremo para el que sus habitantes no estaban del todo preparados. Frente a una situación que generaba fascinación y fobia por lo extraño se consolida un movimiento de recuperación y expresión de la identidad nacional, conocido como *criollismo*, fundado muchas décadas antes en la literatura por la corriente gauchesca y prácticamente desaparecido con los folletines de Eduardo Gutiérrez; definido por Ernesto Quesada en su ensayo de 1902, *El criollismo en la Argentina*. El nuevo panorama de convivencia plurirracial y multicultural encontró en el ambiente campesino y en la lengua rural una plataforma en la que podía construir los símbolos de inserción social: la pampa ilimitada, el gaucho desaparecían del territorio para reaparecer en los textos literarios, teatrales y ensayísticos. En los grupos dirigentes, el criollismo significó una forma de legitimidad y de rechazo a lo extranjero; para los grupos de la población nativa desplazada a los centros urbanos, una forma de la nostalgia que paliaba la hostilidad de la vida metropolitana, y para los foráneos, un intento de integrarse por asimilación de las tendencias locales. El criollismo proliferó en dos vertientes: la popular inaugurada por los folletines gauchescos de la década del '80, proveedores del estereotipo y de los temas recurrentes, como el gaucho perseguido, infaltables en representaciones teatrales, circenses y desfiles de carnaval; y la vertiente letrada que se podía encontrar en el Naturalismo, el Modernismo y la vanguardia martinfierrista. Esta segunda línea es la que se desarrolla a la par de una reflexión sistemática de "ser nacional", cuyo punto inicial se produce en la conmemoración del Centenario a partir de la ensayística de Rojas, J. V. González, Lugones, en la que se cantaba al gaucho, al pasado, al paisaje rural previo a la modernización y se bogaba por la recuperación de una lengua nacional libre de contaminaciones extranjeras. Una década después, frente a un nuevo cambio poblacional signado por varias generaciones de hijos de inmigrantes que se sentían auténticos argentinos y conformaban una clase media, numerosa y pujante, el debate sobre la argentinidad y el ser criollo alcanza un nuevo impulso de la mano de los escritores y ensayistas conocidos como la generación del '22, en la que se pueden agrupar desde textos como *Don Segundo Sombra* , el *Carriego* y los ensayos sobre malevos de Borges, *Historia de una pasión Argentina, Radiografía de la Pampa* y *El hombre que está solo y espera.* En todos los casos se ofrecen descripciones del tipo nacional argentino y se hacen observaciones sobre la actitud del ciudadano medio frente al idioma. Martínez Estrada sospecha resentimiento cuando vislumbra extravagancia en los giros lingüísticos; Mallea pone al descubierto el empobrecimiento de la lengua y Scalabrini Ortiz celebra la originalidad de los términos, la ambigüedad de sus significados y la pluralidad de situaciones para las que un vocablo resulta adecuado, como sucede con la palabra "loco", que puede significar corajudo, inconsecuente, juguetón, atrevido, maniático, irresponsable.



Banquete en honor de Raúl Scalabrini Ortiz con motivo de la edición de *El hombre que está solo y espera*. La mesa esta precedida por el homenajeado, Macedonio Fernández y Alfonsina Storni



El escritor Eduardo Mallea firmando ejemplares de uno de sus libros en compañía de los editores A. López Llausás y Julián Urgoiti

La Argentina que no miramos

"Yo casi no tuve infancia metropolitana. Vi la primera luz de mi tierra en una bahía argentina del Atlántico. A los pocos días me estaría meciendo, como un jugueteo torvo de quién sabe qué paternidad tutelar, el sordo y constante ruido de las dunas –cada segundo desplazadas–, el clima versátil del país, el viento animal. Mi padre era un cirujano de hospital; mi madre una mujer suave, sal de la tierra en su bondad tranquila. Los dos laboriosos y tan honestos de naturaleza que en ellos vi salvarse siempre algo del general naufragio humano.". Esta declaración biográfica de Eduardo Mallea, que da comienzo a *Historia de una pasión argentina* (1937) –el largo ensayo que lo convertiría en el escritor más leído de su generación y cuyo prestigio superaba ampliamente, en la época, al de Borges–, alcanza para confirmar la imagen que trascendió de él: su inclinación por rastrear los valores de la vida natural, diferente de la desarrollada en las grandes urbes; el sentimiento de arraigo a la tierra; su carácter taciturno; la reflexión existencialista. Nació en Bahía Blanca el 14 de agosto de 1903, de una familia descendiente de un hidalgo español poblador y fundador de San Juan, pariente de Sarmiento según aparece en *Recuerdos de provincia*. Su padre –que recibió repetidos gestos de admiración por parte del escritor– se había trasladado a Buenos Aires para estudiar Medicina y luego a Juárez, Azul y finalmente a Bahía, donde ejerció la profesión; hombre viajado, de vasta cultura y nutrida biblioteca, publicó libros; urgido por el compromiso social, escribió artículos combativos en periódicos y participó, además, en política del lado de la Unión Cívica, aunque abandonó esta actividad cuando sintió defraudada su honradez. Con su familia, se asentó finalmente en Buenos Aires; Eduardo ingresa entonces al Colegio Nacional, cuya instrucción contrasta vivamente con la recibida en el instituto británico de su ciudad natal, en el que alterna con hijos de colonos ingleses, dinamarqueses, noruegos, alemanes y donde la presencia del orden "enriquece y fortalece". Los profesores argentinos del Nacional, en cambio, le resultan "médicos o abogados indolentes" y el colegio, un espacio en que "nadie se preocupaba sino de vivir cómodamente, con poca lectura y menos reposo". Su vocación por indagar las coordenadas esenciales del país empieza tal vez en este momento de su vida, fruto de la comparación entre "las largas solitarias tardes en la ciudad del sur", en contacto con "la forma original de mi tierra, transido ante el silencio y la soledad del llano melancólico" y con el habitante natural "enfrentado con la tierra desnuda"; y la excitante ciudad capital con sus "bostezantes doctores", las miradas inquietantes de las mujeres, la pujanza y la riqueza del espectáculo babilónico. En Buenos Aires nace por segunda vez: es "el nacimiento a una nueva conciencia", fechado en 1916, que estuvo signado por la *pasión*, "en el sentido de padecimiento y sacrificio". Mallea se autodefine como el cuerpo que sufre por la conciencia "de la amarga ansiedad de tantas cosas que no encontraba". Huraño y deambulante; turbado por todo lo oído, visto, sentido; asolado por las noticias que le llegan de la primera guerra mundial, descubre el sentido trágico del destino del hombre y, en su búsqueda existencial, hay libros y autores que lo influyen: Blake, Rimbaud, Kierkegaard, Novalis, Hölderlin, San Agustín, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Claudel, Eliot, toda una literatura de "héroes ideales y de angustiados, de sacrificados, de furibundos maldicientes, de rebeldes y visionarios". Los hombres que lo rodean en la ciudad no son parecidos a estos –dice él–; están más preocupados por los medios que por los fines: "O sea la falta de visión del todo, esto es, del principio: la falta de visión del vivir armónico, del vivir íntegro.". Las impresiones que recoge de su transitar por una ciudad individualista, "vegetante y trepante", puro simulacro de exitismo –que es la que se conoce–, a un mundo

Caricatura de Waldo Frank que ilustró una de las notas que la revista *Caras y Caretas* dedicó al escritor norteamericano a propósito de su visita a la Argentina





El escritor norteamericano Waldo Frank

mucho más extenso en el país, que cultiva los valores auténticos de la persona –pero que está oculto o en el que no se hace foco–, conforman su teoría de la Argentina “visible” e “invisible”, descripta con detalle en *Historia de una pasión argentina,* que a su vez retoma reflexiones ya presentes en ensayos anteriores: *Conocimiento y expresión de la Argentina* y *Nocturno* (1935). Impactado por el proceso de modernización en el país, y fundamentalmente en Buenos Aires siempre en irremisible mutación, desarrolla el concepto de la Argentina dividida, facciosa. Existe –para él–, por una parte, un país “visible”, de carácter materialista, que sustituye el “ser” por la “apariencia de ser”; una Argentina muda interiormente pero locuaz en lo exterior, que absorbe de manera irrestricta la información pero que no la asimila; un pueblo erudito pero no culto, ansioso de poder y poco arraigado; pragmático, autosuficiente, vanidoso; un conjunto de seres “ficticios”, desprovistos del sentido de unidad, soberbios y resentidos, “islas anodinas a la deriva de sus propios mitos”. El idioma que manejan es “pálido, promiscuado, falseado”. Su delito es haber suprimido las propias raíces. En cambio, hay otra Argentina –“invisible”– , que es la que corresponde a la tierra auténtica, a la naturaleza no desvirtuada; la del hombre libre “sumergido en el secreto de su labor”, fuerte y sensible simultáneamente, con coraje pero sin alardes, silencioso y sin resentimientos, solidario y no calculador, de calidad moral, sacrificado: “¿Quiero aludir al gaucho, quiero aludir al paisano, al agricultor, al estanciero? No, no aludo a ninguna de esas ‘profesiones’ –aclara Mallea–, sino a un estado especial, al estado de un hombre argentino éticamente muy definido, que se parece, hasta identificarse en modo asombroso con ellos, al clima propio, la forma, la naturaleza de la tierra argentina. De la tierra argentina y de su proyección intemporal, de su proyección como historia y como nacionalidad”. Si es fácil ver en el “hombre invisible” al argentino habitante de la pampa –por la que Mallea no siente el rechazo de Sarmiento por ser extensa y estar vacía–, refuerza con insistencia la idea de que lo importante no es el espacio que los hombres ocupan sino cómo estos son, su fisonomía moral. Hábil en el uso de los recursos de la reiteración y la amplificación de conceptos, Mallea desarrolla largamente la descripción de la oposición entre estas dos Argentinas que no se resuelve, en desmedro del bienestar colectivo. A diferencia de su pariente, el ilustre sanjuanino, Mallea no es el hombre “que se hace a sí mismo” y funda su propia genealogía; más cercano a Cané o a Borges, es el joven de linaje respetable que pudo inser-

“(Para Mallea) la conversión de una Argentina ‘invisible’ en ‘visible’ es una tarea que, asumida por el intelectual, lo vuelve prácticamente un desterrado dentro de su propia nación. El tópico del destierro espiritual se conjuga con el de la élite salvadora: si este puede convertirse en un espacio de síntesis, la ciudad moderna puede ser el escenario de esa fusión”. Beatriz Sarlo

tarse en una trama cultural sólida y enriquecida y que participa en la configuración de una élite intelectual que se cree capaz de observar, diagnosticar y proponer cambios respecto de los valores que hacen al "ser nacional" y a las dificultades de su concreción. Él mismo se ubica entre los argentinos "invisibles" y los "millones de criaturas espirituales que caminan sobre la tierra sin ser vistas", como señalan unos versos de *Paradise Lost* de Milton que funcionan como epígrafe de *Historia de una pasión argentina*. En el "Prefacio", Mallea es el hombre afligido que necesita "gritar" la "angustia a causa de mi tierra, de nuestra tierra", comunicar a los lectores que el país irracionalmente dividido en dos ha perdido el sentido de la nacionalidad. Sin embargo, no se trata –según el autor confiesa– de un diálogo abierto con "todos" los argentinos sino sólo con aquellos que se conmuevan con él (se "muevan-con" él) y vean como imperativo la necesidad de tomar conciencia del proceso de "desnaturalización" que ha sufrido el país –en su análisis, atribuido en parte a la masa inmigratoria recién llegada, dispersa y medradora, y a una clase dirigente que no ha sabido conducirla y gestionar la maduración del país–. Distante del pesimismo de Martínez Estrada y ajeno a una propuesta de orden político, cuyas huestes alimentan las hordas de la Argentina "visible",cree que en la reflexión literaria hay un camino esperanzado. En este sentido, su prédica se une a la de Waldo Frank –escritor norteamericano en Buenos Aires, a quien Mallea traduce sus conferencias–, que se manifestó en la búsqueda de la síntesis de las dos Américas, como "Nuevo" Mundo, es decir un mundo con un nuevo sentido, un orden recién creado en relación con "la sucesión del orden caduco europeo".

Director del Suplemento de Cultura de *La Nación* y activo participante de la revista *Sur* de Victoria Ocampo, Mallea tuvo entre sus contemporáneos quienes lo aplaudieron, como José Bianco y Canal Feijóo, sobre todo en relación con la entronización de la Argentina invisible y el nacionalismo como solución al imperante modelo de facción. Existieron también los detractores: Viñas –en el número de *Contorno* dedicado a Martínez Estrada (1954)– descreyó de la actitud contemplativa de Mallea y supuso falso el enfoque dicotómico: "Esa visión poblada de arquetipos definitorios y correlativamente excluyentes supone que todas las demás manifestaciones son aspectos de ella misma; cualquier cosa se relaciona con ese principio único; cualquier enunciado deberá ser realizado por medio de una referencia de cada cosa a la totalidad que le sirva de trasfondo. (...) Así el argentino 'cetrino y silencioso' de Mallea será verdad única y excluyente en la medida en que la 'Argentina silenciosa' sea la verdadera.". En otro número de *Contorno*, el dedicado a "La novela argentina" (1955), León Rozitchner hace una crítica agresiva a Mallea, en la que se traslucen cuestiones "de clase". La superficialidad de la teoría de "manual de moral" –dice Rozitchner– no alcanza a hacer inteligible "nuestra realidad" en los términos imprecisos en los que formula Mallea la dicotomía entre la Argentina de "la corrupción social plebeya y adventicia" y la de la "tradición patricia y una herencia hispánica". Mallea, para él, es un burgués que "mira el pasado del mundo con nostalgia, los buenos tiempos idos donde los padres sabían lo que hacían, tiempos desde los cuales el futuro era una continuidad tranquila y no este presente dinámico y voraz en que se vive". Si bien el intento de Mallea de comprensión de la realidad nacional puede ser asociado a una actitud intuicionista y cruzado por una impronta fuertemente moralista; si por otra parte el autor desestima la presencia de datos históricos o contemporáneos que funcionen como argumentos y desenvuelve una escritura poética –abundante en sustantivos y adjetivos abstractos de alto grado de generalización– que potencia la subjetividad del texto, *Historia de una pasión argentina* no deja de sorprender sin embargo por la vigencia que la problemática planteada alcanza no pocas veces en los debates de actualidad. Sus principales ideas se continuarían en la obra narrativa del autor, que falleció en Buenos Aires en 1982.

EDUARDO MALLEA
HISTORIA DE UNA PASION ARGENTINA
SUR
BUENOS AIRES

Tapa de *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea, editada por Sur

La travesía de la escritura

Entre 1928 y 29, el español José Ortega y Gasset (1883-1955), el alemán Herman von Keyserling (1880-1946) y el norteamericano Waldo Frank (18891967) llegan a Buenos Aires, extendiendo una práctica caracterizadora de las vanguardias durante la primera mitad de la década: el viaje como intercambio de poéticas y de prácticas artísticas. Victoria Ocampo oficia de interlocutora de estos hombres que, invitados como conferencistas por editores, facultades o la Asociación Amigos del Arte, ayudarán a vincular nuestra cultura periférica con la universal –léase, la europea–. Los "viajeros culturales" se apropian libremente del derecho concedido e insisten en ver a América, Argentina o Buenos Aires como un objeto de estudio cuya esencia debe definirse. Si algo los une es la mirada de asombro que posan sobre el paisaje local y la certeza de que la sustancia de lo argentino –o de lo americano– hay que buscarla en esa naturaleza diferente que no comprenden. También, en mayor o menor medida, pecan de simpleza al confundir al argentino con el porteño o el bonaerense, sin atender a diferencias regionales, así como de ignorancia del proceso histórico americano. Ortega, que ya había venido en 1914 y vivirá aquí como exiliado entre 1939 y 1942, es elevado a autoridad filosófica local, rótulo que él mismo promueve con afirmaciones como "Yo no he vivido la vida criolla pero la siento como un muñón.". En los artículos "El hombre a la defensiva" y "La Pampa...promesas", describe sus impresiones vitales en un deambular extrañado por la llanura y elabora conclusiones subjetivas. La estructura orgánica del paisaje pampeano exhala "irrealidad": la mirada de quien lo transita no halla formas en primer plano de las cuales asirse y se orienta hacia el confín donde cielo y tierra se funden, intentando hallar algo de su interés. La mirada esperanzada hacia un más allá indefinido representa la actitud criolla de "no sentirse nunca donde se está sino muy lejos de uno mismo", en un futuro utópico que, a la larga, es alienación. Como no ve el presente, el individuo cree ilusoriamente haber avanzado a un horizonte de perfección. El resultado es el narcisismo como rasgo saliente nacional: un culto de la imagen que impide conocer al que está detrás de la máscara. Keyserling publica *Meditaciones Sudamericanas* (1933) donde, con prepotencia eurocéntrica, califica a los pueblos americanos de "embrionales" y sumergidos en una "reptibilidad", fruto de una "sexualidad frenética" cuya secuela es la melancolía. "El sudamericano es total y absolutamente hombre telúrico" y, hundido en lo abisal, está contagiado por una exuberancia alejada del Espíritu. Waldo Frank, en cambio, en *América Hispana* (1932), opone al terror del ensayista alemán un mítico panamericanismo donde se unirían progresismo del Norte y espiritualismo del Sur como opción a la Europa decadente. Las formas políticas, religiosas y sociales americanas, dispersas y caóticas, asumen "el carácter de partículas formadoras de un cuerpo sano y aleccionador", a las que se debe cohesionar en un todo orgánico que apunte a un cosmos trascendente: Frank ve un futuro cifrado en la armonía de esa totalidad compuesta por dos polos como Nueva York y Buenos Aires. La palabra de estos viajeros fue motor de los ensayos argentinos de los '30. Igualdad e inferioridad culturales fueron las colocaciones inciertas desde donde Martínez Estrada, Mallea o Scalabrini polemizaron o acordaron con los pensadores foráneos. La "extranjería" como clave del despertar de la conciencia filosófica; la "desfamiliarización" como requisito para comprender la identidad fueron las premisas orientadoras de esta convivencia polémica.



José Ortega y Gasset

Antología

El país invisible

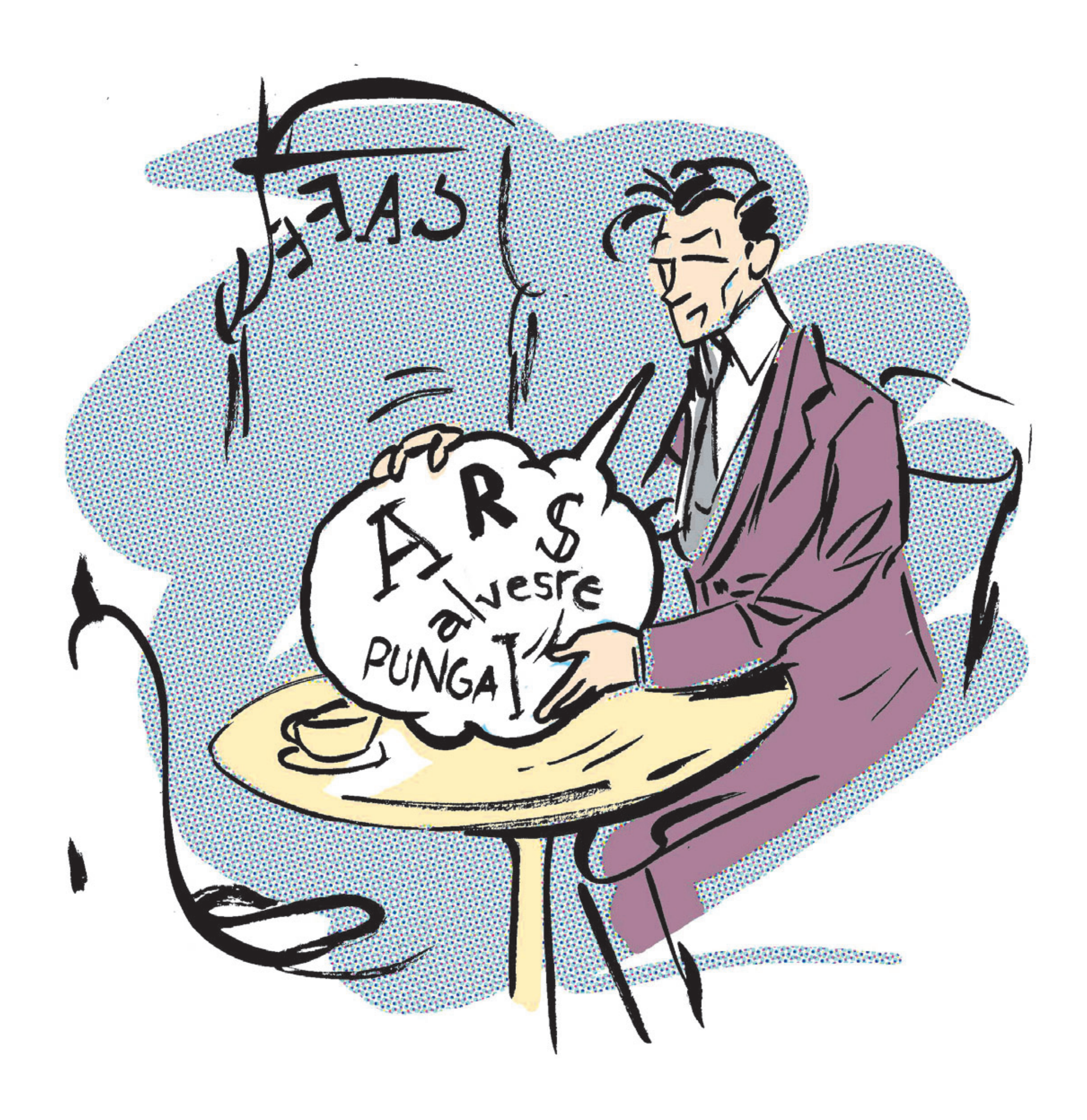
“Desde los tempos de la organización nacional el trabajo de la Argentina visible ha sido de más en más un trabajo sin ensueño, un trabajo desprovisto de espiritualidad. Físicamente, en el sentido de la civilización confortable, lo que se ha hecho es enorme; espiritualmente, en el sentido de la cultura, lo que se ha hecho es nada, lo que se ha hecho es regresar, regresar sin medida, perder terreno cada día. (...) el mal ya llega a la epidermis y se le reconoce en los más inmediatos síntomas: basta ver a los hombres que nos rigen en todos los dominios de la vida pública y académica. Son infinitamente más mediocres, torpes, triviales, plebeyos e individualistas que los hombres de nuestras primeras horas, y si fuéramos a auscultar su aspiración profunda, nuestra repugnancia no tendría límites. De más en más se ha trabajado aquí sin sueño creador, lo que equivale a decir –en un sentido profundo– sin vida: vegetativa, telúricamente, con la obsesión del trueque inmediato; tal trabajo para tal objeto utilitario –no para tal fin– sólo para tal objeto; pues estas existencias se mueven, ya lo sabemos, en el mundo limitado de los medios. (...) ¡Qué diferencia con los hombres no ostensibles, los profundos, los subterráneos, los llamados a una existencia trágica en el fondo del pozo que sólo recibe la estrella, pozo solitario y sin paisaje, con su extenso abismo bajo el arco sideral, con sus alternativas de noche y sol y contratiempo, pozo grave, oscuro, pozo permanente! (...) los unos ricos de solemnidad; los otros, solemnes de orgullosa pobreza; los unos, triviales ante la materia demasiado dócil; los otros, trabados con las alternativas de una perenne resistencia, resistencia de tierra, roca, clima, ciencia; los unos representando, los otros creando.”

Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1961.

“*Civilización y barbarie*

Los creadores de ficciones eran los promotores de la civilización, enfrente de los obreros de la barbarie, más próximos a la realidad repudiada. Al mismo tiempo que se combatía por desalojar lo europeo, se lo infiltraba en grado supremo de apelación contra el caos. El procedimiento con que se quiso extirpar lo híbrido y extranjerizo, fue adoptar las formas externas de lo europeo. Y así se añadía lo falso a lo auténtico. (...) Alberdi fue el que más claro vio ese peligro, y su fisiológica enemistad con Sarmiento y su pequeña figura ante el coloso, es la puntería de David que asesta a Goliat una pedrada en la frente. El más perjudicial de esos soñadores, el constructor de imágenes, fue Sarmiento. (...) Sarmiento fue el primero de los que alzaron puentes sobre la realidad; Pellegrini, el último. (...) Cincuenta años dura la influencia de cada cual; cuando decae el vigor insuflado por uno, lo recobra el vigor del otro; y en 1910 hace crisis la última utopía para permitir la revancha de las fuerzas aborígenes vencidas. Viene luego el asalto en masa contra la línea de fronteras espirituales, la invasión de un elemento sofocado cuyo derecho a la vida era irrefutable y que con Alem ingresa a la demolición de las cúpulas bizantinas e inicia la vuelta a la normalidad. (...) Los cuatro problemas fundamentales de nuestra vida social son los cuatro puntos cardinales de la mente y vida de Sarmiento. Poseemos una tierra en gran parte inculta, donde prosperan por igual las plantas útiles y los yuyos; geografía y demografía engendran, por natural coincidencia, el analfabetismo. (...) quedó planteado el primer problema, el de la escuela primaria y el de toda la cultura. (...) Su espíritu viajero, la vitalidad migratoria que tuvo hasta su muerte, que encontró fuera de su país, tiene que ver también con las comunicaciones (...) El segundo punto del programa de su gestión pública y de su idiosincrasia está en las vías de comunicación. (...) El ejemplo de su hogar, disuelto, y de su vida errátil, sin vínculos de afectos profundos, porteño en provincias, provinciano en Buenos Aires, extranjero en su país y argentino en todas partes (...) lo empujó a la búsqueda de los caracteres específicos de la civilización y del progreso argentinos. El tercer problema, pues, es el de la formación del alma nacional. (...) El cuarto problema de su psique y de la realidad es el de la probidad en el ejercicio del poder. (...) Lo que Sarmiento no vio es que civilización y barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio. No vio que la ciudad era como el campo y que dentro de los cuerpos nuevos reencarnaban las almas de los muertos. Esa barbarie vencida, todos aquellos vicios y fallas de estructuración y de contenido, habían tomado el aspecto de la verdad, de la prosperidad, de los adelantos mecánicos y culturales. Los baluartes de la civilización habían sido invadidos por espectros que se creían aniquilados, y todo un mundo sometido a los hábitos y normas de la civilización, eran los nuevos aspectos de lo cierto y de lo irremisible. (...)”

Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires, Losada, 1942.



(...) "El sentimiento precursor del hombre porteño busca alcanzar la verdad humana de los hechos. Su lenguaje es la primera fisonomía de sus sentimientos depurados. El hombre porteño practica el lenguaje con la iniciativa verbal de un niño. Crea o inhuma vocablos, los retoca para acomodarlos, o los refuta sin contemplación. Retasa el palabrerío huero y mitiga la oquedad resonante del idioma castellano. El porteño desconfía de las palabras que en los libros se incautan. Las que él emplea, las quiere rebosando intuiciones, sensaciones directas, imágenes vívidas y no rótulos de definiciones. En los vericuetos de su desconfianza, el hombre porteño presume que todo lo que se denomina se momifica y que no hay palabras tan grandes para empavesar toda la vida con ellas. Presume que lo no dicho, lo que nadie podrá decir, es incomparablemente superior a lo expresado.
(...) Las palabras son juguetes peligrosos. El porteño las manipula, las baraja, se divierte con ellas, le gusta oírlas tejidas en frases, pero él no las emplea como mediadoras de asuntos importantes, es decir, no las emplea para clasificar a sus semejantes, al hombre. Con un cuidado inconsciente y sorprendente, evita anatematizar a las personas, lapidarlas con adjetivos irrevocables. Sopesa las acciones y no los ejecutores. De preferencia, dice: 'Jugó bien' y no 'Juega bien'. 'Fue generoso' y no 'Es generoso'.
(...) Emplea voces más semejantes a interjecciones que a legítimas palabras. Son vocablos sin convicción, ambiguos, equívocos, cuya acepción varía entre antagonistas e incompatibilidades preceptuales muy cercanas al absurdo."

Raúl Scalabrini Ortiz, *El hombre que está solo y espera*, Buenos Aires, 2005.

Bibliografía

ALFIERI, TERESA, *La Argentina de Ezequiel Martínez Estrada*, Buenos Aires, Leviatán, 2004.
BALLENT, A., GORELIK, A., "País urbano o país rural: La modernización territorial y su crisis".
En Cattaruzza, Alejandro (dir.), *Nueva historia argentina*, tomo 7, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
CALBI, MARIANO, "Naturaleza y cultura en la ensayística de Martínez Estrada". En: Rosa, Nicolás,
Historia del ensayo argentino: intervenciones, coaliciones, interferencias, Buenos Aires, Alianza, 2003.
CANAL FEIJOO, BERNARDO, "Historia de una pasión argentina". Buenos Aires, Sur, nº 38, noviembre de 1937.
GALASSO, NORBERTO, *Raúl Scalabrini Ortiz y la lucha contra la dominación inglesa,*
Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1985.
GRAMUGLIO, MARÍA TERESA, "Una década dinámica. Transformaciones, posiciones
y debates en la literatura argentina en los años treinta". En Cattaruzza, Alejandro (dir.),
Nueva historia argentina, tomo 7, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
MURENA, HÉCTOR, *El pecado original de América*, Buenos Aires, Sudamericana, 1965.
PRIETO, ADOLFO, "Consideraciones sobre *El hombre que está solo y espera*".
En: Boletín de Literaturas Hispánicas, Universidad Nacional del Litoral, 1961.
PRIETO, ADOLFO, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
PRIETO, ADOLFO, *Estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969.
RODRÍGUEZ MONEGAL, EMIR, "Eduardo Mallea visible e invisible".
En: *Narradores de esta América*, Buenos Aires, Editorial Alfa Argentina, 1976.
ROZITCHNER, LEÓN, "Comunicación y servidumbre: Mallea".
Buenos Aires, *Contorno*, número 5/6, septiembre de 1955.
SARLO, BEATRIZ, "La imaginación histórica". En: *Una modernidad periférica:*
Buenos Aires 1920 y 1930, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
SEBRELI, JUAN JOSÉ, *Martínez Estrada. Una rebelión inútil*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1967.
VILLORDO, OSCAR HERMES, *Genio y figura de Eduardo Mallea*, Buenos Aires, Eudeba, 1973.
VIÑAS, DAVID, *Literatura argentina y política II. De Lugones a Walsh*, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 1995.

Ilustraciones

P. 644, P. 645, P. 650, P. 652, ABAD DE SANTILLÁN, DIEGO, *Historia Argentina*, t. 5, Buenos Aires, TEA, 1971.
P. 646, *Caras y Caretas*, año XXXII, Nº 1603, Buenos Aires, 22 de junio de 1929.
P. 651, *Caras y Caretas*, año XXXII, Nº 1615, Buenos Aires, 14 de septiembre de 1929; año XXXII, Nº 1629, Buenos Aires, 21 de diciembre de 1929.
P. 649, *Historia de la Literatura Argentina*, t. III, Buenos Aires, CEAL, s/f.
P. 645, MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, Buenos Aires, FCE, 1948.
Tapa, P. 645, MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL, *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires, Babel, 1933.
P. 642, *Pintura Latinoamericana*, Buenos Aires, Ediciones Banco Velox, 1999.
P. 643, PODER EJECUTIVO NACIONAL, 1932-1938, *Petróleo fiscal*, vol. IV, Buenos Aires, 1938.
P. 648, SCALABRINI ORTIZ, RAÚL, *El hombre que está solo y espera*, Buenos Aires, Anaconda, 1933; Buenos Aires, Plus Ultra, 1964.